

Lenin y las organizaciones obreras

(Tres momentos en el desarrollo de su pensamiento)

Por MANUEL FOYACA DE LA CONCHA

Idear el modo práctico de unir a los obreros en una organización nacional que promoviera una doble lucha política, democrática y socialista, dirigida al mismo tiempo contra el zar y contra los patronos. Tal fue la idea fundamental de Lenin en su intento de adaptar a Rusia la teoría de Marx.

1. LAS PRIMERAS IDEAS

Ya en los primeros años de su vida brotó en Vladimir Ilich un interés por la suerte del pueblo. En las largas veladas familiares, el inspector de Escuelas Populares de la provincia de Simbirks, Nicolás N. Uliánov, leía a sus hijos las poesías en que Nekrásov cantaba «al dolor y la venganza del pueblo», cuando en toda Rusia—en la década de los años 70—se ponía de moda la corriente romántica de los *narodniki*. Educado en estos sentimientos, la vaga simpatía popular de Vladimir Ilich se transformó en odio contra el zar y su régimen autócrata, al cumplir los diecisiete, cuando su hermano Aleksandr fue ahorcado en Petersburgo por haber atentado contra la vida de Alejandro III.

Ingresado en ese mismo año—1887—en la Universidad de Kazán, la aureola política de Aleksandr le abrió inmediatamente a Vladimir los círculos revolucionarios de los estudiantes, dirigidos por N. E. Fedoséiev. En ellos se propagaban las ideas de Marx y Engels, mixtificadas con otras del socialismo populista ruso. Complicado Vladimir en una algarada estudiantil antes de terminarse el año y confinado en Kokuskino, la finca cercana del abuelo Blank, al volver a Kazán y en su estancia posterior en Samara se dio a estudiar los principios básicos del marxismo en los libros de G. Plejánov, primero, y en los de Marx y Engels, después.

En *El socialismo y la lucha política de clases*, publicado por Plejánov en Ginebra en 1883, comprendió el aprendiz de revolucionario que el campesinado ruso no servía para construir el socialismo, como creían los populistas; porque su implantación seguía las leyes del materialismo histórico, y el proletariado industrial—en Rusia, como en todas partes—sería el agente de

la futura revolución social. Por otra parte, el creciente desarrollo del proletariado, tanto en la industria como en la agricultura, relegaba a la utopía la conspiración «blanquista» predicada por Tkachev, ya que el antagonismo de las clases económicas, acentuado por la diferencia social que producía el capitalismo, debía convertirse en una lucha política por la conquista del poder. Esta lucha sería preparada por la formación de una conciencia de clase, obra de los intelectuales, y dirigida por un Partido Obrero Socialista que actuara en alianza con la burguesía hasta lograr las libertades democráticas. El triunfo de una revolución obrero-campesina y burguesa sobre el absolutismo zarista favorecería la implantación de un régimen liberal capitalista al estilo de Occidente, y ayudando al desarrollo demográfico, político y cultural del proletariado industrial y agrícola, iría poniendo las bases de una ulterior revolución socialista... Pero este proceso, en su etapa burguesa —advertía Plejánov—, no podía sacrificar los objetivos últimos del socialismo al logro de intereses económicos inmediatos, tan gratos a las masas; ni supeditar, por tanto, la lucha política al sindicalismo. Finalmente, triunfante la revolución socialista, una dictadura del proletariado sería el régimen idóneo para realizar el paso del capitalismo al socialismo; teniendo siempre en cuenta que el nuevo régimen no podría afianzarse en Rusia si, al mismo tiempo, otras revoluciones semejantes no triunfaban en los países más industrializados de Europa (1).

La lectura de **Nuestras discrepancias**, escrita por Plejánov en 1884 para ventilar sus diferencias con los populistas, afianzó en Vladimir Ilich la idea de la *obschina* y el *mir*, ya que sólo los trabajadores industriales podrían llevar la lucha contra la burguesía hasta la completa emancipación político-social. Y al mismo tiempo, quedó convencido de que el desarrollo del capitalismo, que empobrecía a los trabajadores y proletarizaba a los pequeños productores, habría de favorecer la formación de un Partido Socialdemócrata Obrero, que sustituyera el anarquismo de los *naródniki*. En el **Programa del Grupo Emancipación del Trabajo**, fundado por Plejánov y sus amigos en Ginebra, releyó de nuevo estas ideas, anotando la insistencia en subrayar la función de la *intelligentsia* socialista en la lucha por las libertades políticas y en la difusión del marxismo entre la masa obrera.

Realizada esta primera lectura del marxismo a través de Plejánov, pudo Vladimir Ilich estudiar directamente a Marx y Engels en las obras que entonces circulaban en Rusia con bastante libertad, y en 1891-1892, pasados brillantemente los exámenes de leyes como alumno libre en la Universidad de Petersburgo, completó en Samara su primera formación marxista. En el prefacio que Marx hizo a la primera edición de **El capital** aprendió que las exigencias del desarrollo económico no suprimían, necesariamente, las etapas naturales de una economía anterior a la capitalista, aunque fuera posible acortar su duración «mitigando los dolores del parto»; de donde deducía un interés en corregir los obstáculos que retrasaran la evolución de los trabajadores y, con ello, el socialismo, teniendo siempre en cuenta que las formas «más o menos brutales o humanas» del capitalismo inglés se reproducirían en el continente, según fuera el desarrollo de la clase proletaria (2).

El Manifiesto del Partido Comunista, por él directamente traducido al ruso para explicarlo en los círculos de Samara, le ayudó a profundizar en Marx

(1) G. Plejánov: **Sochineniya**, 2.ª ed., Moscú-Petrogrado, II y III, págs. 83, 166 y 325; **Izbrannye filofskie proizvedeniya**, Moscú, 1958, IV, pág. 140.

(2) K. Marx: **El capital**, Madrid, 1898, t. I, págs. 6-8.

y Engels, fijando la atención en el origen, desarrollo y consecuencias de la lucha de clases, para la realización de la revolución comunista. Al estudiarlo quedaron reordenadas las ideas anteriormente adquiridas en este simple esquema... Si la historia de la sociedad humana era la historia de la lucha de clases, toda la historia de la sociedad burguesa quedaba reducida al antagonismo entre los proletarios y los capitalistas. La burguesía, que había transformado la economía feudal, caminaba fatalmente hacia su término, al quedarse rezagadas las relaciones de propiedad frente al avance de las fuerzas productivas. Perdida la condición humana y acrecentado sin cesar el número, la lucha aislada de cada grupo de trabajadores con su propio patrono se convertiría en lucha nacional de toda la clase obrera con la clase patronal, y esta lucha se transformaría en política, con el apoyo de la intelectualidad burguesa, cuando la crisis económica llegara a producirse. La clase proletaria sería la única dispuesta a llevar la acción política hasta sus consecuencias últimas, puesto que nada tenía que perder, «excepto sus cadenas»... Marx y Engels, sin embargo, no estimaban necesario formular principios «sectarios» para reformar la sociedad burguesa, ni creían conveniente organizar un partido distinto a los que ya existían entre los obreros. Era suficiente, para ellos, captar con justeza y expresar con objetividad las condiciones en que se desarrollaría la lucha, porque entendían que esto bastaría—formando la conciencia obrera—para llegar a destruir la hegemonía burguesa y, arrebatándole el poder político, centrar en manos del Estado obrero los medios de producción, desarrollando las fuerzas productivas en beneficio del proletariado (3). Entre las medidas enumeradas en **El Manifiesto** para realizar el socialismo, Vladímir Ilich no olvidaría la que preconizaba un «trabajo obligatorio para todos», organizado en «ejércitos industriales, especialmente para la agricultura».

Sin entrar en más detalles sobre los libros que nuestro joven abogado leyó en Samara, sólo diré que el **Anti-Dühring**, de Engels, le dio el bagaje filosófico adecuado para enmarcar las teorías político-sociales, completándolas después con las que el mismo Engels recogiera en **El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado**.

1.1. Marxismo frente a populismo

Contrastando la teoría marxista con la de los populistas confinados en Samara, a su vuelta de Siberia, Vladímir Ilich se decidió definitivamente por aquélla, fascinado por su trabazón interna y su sistematización lógica, por su radical enfrentamiento con el antiguo régimen, contra el que había luchado Aleksandr, y, sobre todo, por la repercusión que esperaba encontraría en los trabajadores industriales, agentes ideales por su creciente número y miseria para montar, en un futuro próximo, la revolución político-social... Que éstos fueran los motivos de su consagración al marxismo y no la noble aspiración de mejorar la situación del pueblo, preponderantemente campesino, puede deducirse de algunos hechos, entre otros. Su cuna fue burguesa y su niñez corrió en plácida abundancia aun después de la muerte de su padre, de quien heredó un título de nobleza que utilizó en escritos oficiales para solicitar favores. En el verano de 1891—en pleno sarampión marxista—, durante el hambre que asolaba la región de Samara, María Jasneva y Vladímir Ilich se negaron a colaborar con el Gobierno para

(3) Cfr. Marx-Engels: **Opere Scelte**, Editori Riuniti, Roma, 1966, págs. 305.

organizar los Comités de socorro: «Sólo Vladímír y yo—escribiría con jactancia, la Jasneva—no participamos en aquellos esfuerzos, por que el auxiliar entonces a unos campesinos hambrientos no era sino dilatar la llegada de la revolución...» (4).

En el invierno y primavera de 1893, durante los últimos meses de su estancia en Samara, Vladímír Ilich tenía que asegurarse de la extensión del capitalismo en toda Rusia para no fundar sus sueños revolucionarios en quimeras. Para ello realizó ciertos estudios teóricos y prácticos, que le demostraron la presencia del capitalismo en la economía rural, produciendo la diferenciación que se advertía en las distintas capas de la población del campo... Podía, pues, marcharse a Petersburgo para empezar la revolución social de Marx, confiando en que el proletariado industrial de las ciudades encontraría la comprensión y apoyo del subproletariado campesino.

En 1890, M. I. Brusnev había fundado en el Instituto Tecnológico de Petersburgo un círculo marxista, que aspiraba a formar los obreros que acudían a la Escuelas dominicales y a los Centros de Formación Profesional. A este Centro intelectual marxista, con ramificaciones en diversas fábricas, se dirigió Vladímír Ilich a su llegada a Petersburgo, en agosto de 1893, recomendado por los marxistas de Nizhni-Nóvgorod; pero pronto advirtió que entre los jóvenes profesionales que lo dirigían abundaban los prejuicios populistas, que impedían una sana orientación marxista... Para ellos, la hora del marxismo en Rusia aún estaba lejos, porque la pobreza de su población—limitando el mercado—impedía el desarrollo del capitalismo; y sin éste, faltaría el proletariado industrial, agente indiscutido de la acción marxista. Por otra parte, la acción sindicalista, que empezaba a promoverse en Petersburgo, llevaba el sello y las aspiraciones propias del tradeunionismo inglés... Antes, pues, de dirigirse a los obreros, sería necesario convencer a los intelectuales de que con el capitalismo en desarrollo en las ciudades y en el campo había llegado el momento de la verdadera acción marxista en Rusia. Y a la investigación y difusión del tema, polemizando con los populistas y los «marxistas legales», dedicaría todos sus afanes en los meses finales de 1893, en todo el año siguiente y los primeros meses de 1895. De esta época son sus primeros escritos importantes, en los que, defendiendo la posibilidad de la revolución marxista en las circunstancias económicas de Rusia, adapta la teoría a las condiciones del país y esboza la estrategia que dirigiría la acción práctica (5).

Convocada una reunión en Petersburgo, a fines de febrero de 1895, para coordinar la acción de los círculos obreros, acudieron a la capital los representantes de los círculos socialdemócratas de Moscú, Kiev y Vilno. Decidieron pasar sin demora a la agitación de masas, convinieron en establecer un acuerdo y solicitar orientación del «Grupo Emancipación del Trabajo», de Ginebra, y Vladímír Ilich fue uno de los dos elegidos para entrevistarse en Suiza con Plejánov... Fácilmente de acuerdo sobre la necesidad de empezar la acción en toda Rusia, disintieron en la táctica que convendría emplear: Plejánov proponía una revolución obrera que buscara el apoyo de la burguesía liberal, en tanto que Vladímír, rechazando todo contacto con la burguesía, ponía todo el peso revolucionario en la alianza obrero-campesina... Desengañado de su viejo mentor y vuelto a Rusia tras unos meses de viaje

(4) M. Golubeva, en *Molodia Gvardia*, Moscú, 1924.

(5) **A propósito del llamado problema de los mercados (1893); ¿Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas? (1894); Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve (1894).**

y estudio por Europa, encontró pronto en Márto, socialdemócrata de Vilno, un incondicional apoyo para sus nuevos planes. Constituyeron en Petersburgo, utilizando los círculos obreros, la «Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera», y, con su ejemplo, se crearon asociaciones semejantes en Moscú, Kiev, Tula, Iaroslav y otras ciudades industriales. En la «Unión» de Petersburgo, Vladímir Ilich, con un Comité restringido, órgano ejecutivo de un Comité Central más amplio, dictaría las órdenes a los grupos de acción situados en los barrios y en las fábricas; círculos de discusión (células) en los grandes centros de trabajo ayudarían con sus observaciones a una justa dirección. Se instauraba, pues, un régimen de «centralismo democrático», que operaría en un ambiente de rigurosa disciplina, y bajo su dirección se emprendería una vasta campaña de huelgas revolucionarias político-económicas (6).

1.2. Inicio de la agitación revolucionaria.

Para facilitar a los miembros de las «Uniones» la promoción de conflictos en los centros de trabajo, Vladímir Ilich escribió **Explicación de la ley de multas que se aplican a los obreros en las fábricas**, comentando las disposiciones de la Ley de Multas de 1886. Con la apariencia de un estudio hecho por un abogado en favor de sus clientes, era, en realidad, un análisis casuístico, destinado a facilitar la «legalización» de los conflictos que se provocaran. Promulgada la Ley como una concesión a las protestas de los trabajadores—observaba el autor en las primeras páginas—había venido a demostrar la fuerza ilimitada de la clase obrera si luchaba unida; pero esa fuerza no había que malgastarla (7).

Creada la organización para la lucha revolucionaria obrera, la ocasión propicia para iniciar la agitación la ofreció una huelga de 500 tejedores de la Tornton, en la primera quincena de noviembre. La «Unión de lucha» repartió un volante redactado por Vladímir Ilich, en que exhortaba a todos los obreros de la fábrica a abandonar el trabajo para apoyar las demandas de sus compañeros. En la segunda quincena, nuevas huelgas en tos talleres Putílov, también en Petersburgo, y en otras fábricas de Ivánovo-Voznesensk y Iaroslav, extendieron por el interior del país la agitación marxista obrera. Dando muestras de una flexibilidad sin escrúpulos, Vladímir Ilich no tuvo inconveniente en aceptar la colaboración del «Grupo de los **noródovolchy**», jóvenes populistas que pusieron a su disposición su imprenta, a cambio de algunas concesiones tácticas. Un nuevo periódico, «Rabocheie Delo» («La Causa

(6) Sobre la originalidad de esta organización, atribuida a Lenin, no faltan discusiones. J. O. Chedarbaum, más conocido por «Márto», confinado en Vilno por sus andanzas socialdemócratas con los universitarios de Petersburgo en 1891, había publicado en 1894 un folleto titulado **De la agitación**, en que anticipaba muchas de las ideas de Lenin. Cuando Lenin viajó a Suiza, llevó consigo un ejemplar del escrito de Márto y lo comentó con Akselrod, que lo reimprimió en Ginebra (V. Zili: **La Revolución Russa del 1905**, Nápoli, 1963, pág. 251).

(7) «La historia de las revueltas de 1885 nos muestra cuán inmensa es la fuerza que representa la protesta unida de los obreros. Lo único que hace falta es preocuparse de que esta fuerza sea utilizada de modo más consciente; de que no se gaste en vano, en vengarse de uno u otro fabricante o en destruir una u otra fábrica odiada; de que la fuerza íntegra de esa indignación y de ese odio sea enfilada contra todos los fabricantes juntos, contra toda la **clase** de los fabricantes, y de que sea consagrada a la lucha constante y tenaz contra ellos» (Lenin: **O. c.**, t. II, pág. 33).

Obrera») fomentaría las huelgas, sirviendo al mismo tiempo a las ideas de los marxistas y de los populistas... Pero la Policía zarista pronto descubrió a los inexpertos revolucionarios, y en la noche del 8 al 9 de diciembre de 1895, confiscando los materiales preparados para el primer número del periódico, detuvo a Vladimir Ilich y a otros dirigentes. La «Unión de lucha», con su millar de miembros, logró, no obstante, subsistir hasta mediados de 1896, en que el Gobierno, alarmado por la sucesión escalonada de las huelgas, dio con la imprenta clandestina de los **narodovolchy**, deteniendo al resto de los dirigentes. Tras la redada, poco a poco, se extinguió el fermento revolucionario difundido por las «Uniones», mientras Vladimir Ilich, primero encarcelado en Petersburgo y después confinado en Siberia, era apartado de la vida revolucionaria hasta principios de 1900.

Sometido a un régimen penitenciario relativamente benigno, Vladimir Ilich siguió estudiando, escribiendo y difundiendo sus ideas. Las primeras semanas de detención en Petersburgo las dedicó a un proyecto de **Programa del Partido Socialdemócrata**, que pensaba fundar, del que sólo anotaremos las ideas más relacionadas con el movimiento obrero. La gran producción capitalista, concentrada en grandes fábricas, al par que la miseria acrecentaba la solidaridad de los obreros, creando una conciencia nacional de clase frente a los intereses de todos los patronos. En esta situación, los obreros podían comprender que sólo tendrían solución sus males cuando destruyeran la estructura social, terminando con la propiedad privada de los medios de producción... Debían apoderarse del Estado para organizar una producción socialista, dirigida por los mismos obreros, y para conseguirlo, la lucha de los trabajadores debía ser internacional, así como la unión de los patronos, en defensa de sus intereses, era supra-nacional. El Partido Socialdemócrata formaría la conciencia política del proletariado, excitando al odio y la violencia en las huelgas con fines económicos y, ayudándoles a organizarse, señalaría los verdaderos objetivos mediatos e inmediatos de la lucha. Entre éstos, el primero sería la emancipación del absolutismo autócrata; pero teniendo siempre en cuenta que la libertad de los obreros debía de ser obra de los mismos obreros. Enumerando algunas reivindicaciones inmediatas, el Programa citaba el sufragio universal desde los veintinueve años; la libertad de asociación, reunión, huelga, culto, etc.; jornada de trabajo de ocho horas y reglamentación del trabajo nocturno; descanso en días festivos, prohibición del salario en especie y otras muchas más que sirvieran de reclamo (8).

1.3. Frente al desvío «economista»

Decidido el confinamiento en Siberia por «vía administrativa», Vladimir Ilich abandonó la prisión de Petersburgo a mediados de febrero de 1887, disfrutando unas semanas de libertad mientras preparaba el viaje. Reunido en estos días con los militantes de la «Unión de Lucha», los encontró muy divididos por los escasos resultados obtenidos. Los viejos querían continuar luchando por la revolución político-social; pero los jóvenes, desalentados, preferían dejar a la burguesía la responsabilidad y sacrificio de la acción política, para entregarse exclusivamente a la organización de huelgas contra los patronos, por medio de los sindicatos. Estimaban que las ventajas económicas y mutualistas de esta acción serían más inmediatas para el mejoramiento obrero. No hay que decir que Vladimir Ilich apoyó resueltamente a los primeros, criticando el desvío «economista» de los jóvenes, menos

(8) Cfr. Lenin: **O. c.**, t. II, págs. 99-100 y 109.

idealistas... Sobre la desviación «economista», extraordinariamente peligrosa para el futuro de la socialdemocracia rusa, según su concepción, escribiría Vladímir Ilich en su destierro de Siberia en varias ocasiones (9).

Resumiendo en el folleto **Tareas de los socialdemócratas rusos** la acción práctica que debían realizar los marxistas, las reduce a organizar y dirigir la lucha de clases del proletariado en una doble dirección: democrata y socialista. La acción democrática, como más genérica, debía desarrollarse a los principios en solidaridad condicionada y temporal con otras clases. La acción socialista, más específica, debía consistir en la divulgación del «socialismo científico» entre los obreros, acompañada de una continua e intensa agitación, de un modo preferente entre los trabajadores urbanos y fabriles. Era, por demás, urgente se prepararan especialistas en la formación de círculos; en la difusión de literatura marxista, contando con corresponsales en las fábricas; en la búsqueda de recursos económicos; en la captación de intelectuales y de funcionarios, y en la habilitación de enlaces, tanto para el interior de Rusia como para el exterior...

Una muestra típica de su oportunismo demagógico la dio Vladímir Ilich comentando la nueva Ley Fabril, dada en junio de 1897 para apaciguar a los obreros, exaltados con las huelgas del año anterior. La ley, aparte otras innovaciones favorables a los trabajadores, establecía el descanso obligatorio los domingos y otros días festivos, pero los reducía considerablemente atendiendo a conseguir una mayor producción. Vladímir Ilich hizo el cálculo de los días festivos en la provincia de Moscú, encontrando que, además de los cincuenta y dos domingos, se suspendía el trabajo en otros cuarenta y cinco días, festivos para la religión ortodoxa... Mas como la nueva ley reconocía tan sólo sesenta y seis feriados en total, suprimiendo veintidós, aquí encontró argumento para censurar al Gobierno, precisamente por motivos religiosos, ya que los patronos quedaban autorizados a exigir el trabajo a los obreros de otras «creencias» que no celebraban esas fiestas (10).

Como último apunte para esta reconstrucción de las primeras ideas de Vladímir Ilich Uliánov sobre el movimiento obrero, añadiremos un brevísimo resumen de un artículo escrito al final de la estancia en Siberia —**Acerca de los tribunales industriales**—, que no se publicó hasta después

(9) En la **Protesta de los socialdemócratas de Rusia** contra el manifiesto de S. N. Prokopóvich y E. D. Kuskova, oponiéndose a limitar el movimiento obrero a una «lucha económica» por medios reformistas (como escribiera Bernstein), Vladímir Ilich insiste: «El proletariado debe aspirar a fundar partidos políticos obreros independientes que tengan por objetivo principal la conquista del poder político por el proletariado, con el fin de organizar la sociedad socialista... Los razonamientos de los autores del «credo» sobre este tema sólo testimonian su aspiración a velar el carácter de clase de la lucha del proletariado, a debilitar esta lucha por medio de un absurdo «reconocimiento de la sociedad», a empobrecer el marxismo revolucionario hasta reducirlo a una corriente reformista cualquiera» (Lenin: O. c., t. IV, pág. 176).

(10) «Por lo que se refiere a los obreros «de otras creencias», la ley estipula que para ellos se «autoriza» a no incluir en el calendario de fiestas los días no celebrados por su Iglesia. Pero, en cambio, hay otras fiestas que celebran los católicos y que no tienen los ortodoxos. La ley no habla de ello, intentando, por consiguiente, vejar a los obreros no ortodoxos. Es aún mayor la vejación a los obreros no cristianos: para ellos, según la ley, «se admite» considerar feriados otros días de la semana en lugar de los domingos. ¡Sólo «se admite»! Nuestro cristiano Gobierno persigue tan salvajemente a las personas no pertenecientes a la religión dominante, que, en este terreno, es posible también el intento de vejar a los no cristianos mediante la vaguedad de la ley» (Lenin: O. c., t. II, pág. 280-281).

de la muerte de su autor, en 1924. Recordando el proyecto de una comisión de juristas, creada por Alejandro II en 1861 para estudiar las leyes laborales de Alemania y Francia, se muestra partidario de la creación de tribunales paritarios, compuestos por jueces elegidos por obreros y patronos, para resolver los litigios que surgieran en el trabajo contratado. Afirmaba que estos tribunales serían beneficiosos para los obreros, por la facilidad de la tramitación y la rapidez de la sentencia; que los jueces-obreros garantizarían un mejor conocimiento de la naturaleza del conflicto, y los trabajadores, asistiendo al juicio, adquirirían más cultura legal; que los temas concernientes al trabajo alcanzarían difusión en el país, obligando a los patronos a proceder con más justicia, y, sobre todo, que el proletariado aprendería a participar activamente en los asuntos públicos (11).

2 EL MOVIMIENTO OBRERO Y EL PARTIDO SOCIALDEMOCRATA DE RUSIA

Terminado el destierro en Siberia a principios de 1900, V. I. Uliánov volvió a Rusia, para dirigirse enseguida al extranjero, donde con toda libertad pudiera echar las bases del Partido Socialdemócrata que proyectaba. Puesto de acuerdo en Ginebra con el «Grupo Emancipación del Trabajo», y trasladándose a Alemania, fundó a fines de diciembre el periódico «Iskra», que le facilitaría la difusión de sus ideas entre los grupos socialdemócratas que quedaban en Rusia, así como la unificación de las asociaciones de emigrados rusos residentes en Suiza y Francia.

Alentado por la facilidad con que cristalizaban sus planes, empezó a divulgarlos en un artículo publicado en mayo de 1901 en el número 4 de «Iskra», con el título **¿Por dónde empezar?** A su entender, la socialdemocracia rusa no tenía que afanarse en buscar una teoría, como en la década del 80 y en los años primeros de la del 90. Ahora tan sólo se trataba de elegir una acción práctica, por todos aceptada... Y, afortunadamente, los de Petersburgo se mostraban dispuestos a abandonar el «economismo», cambiándolo por una organización fuerte de combate contra la autocracia... Era de alabar esta disposición—sin duda influenciada por «Iskra»—; pero Uliánov no podía aceptar la acción terrorística que propiciaban como un problema «absolutamente nuevo». La socialdemocracia no había renunciado, en principio, al terrorismo. Lo admitía como táctica militar en un momento dado; pero «Rabócheie Dielo» propugnaba un terror individual, sin la existencia de una organización que sirviera de base, y esto era distinto. Además, las circunstancias desaconsejaban su empleo, porque si las masas se iban acercando progresivamente a los dirigentes, ¿qué iban a hacer si éstos pasaban a la clandestinidad para darse al terrorismo? El resultado inmediato sería la debilitación de las fuerzas revolucionarias y el fortalecimiento del

(11) «De esta manera, los tribunales industriales, compuestos por partes iguales por delegados de patronos y de obreros, son de gran importancia para los obreros y reportan muchas ventajas para ellos: son más accesibles para los obreros que los tribunales ordinarios, hay menos burocracia y menos papeleo, los jueces comprenden las condiciones de vida en la fábrica y juzgan más equitativamente, los tribunales familiarizan a los obreros con las leyes, acostumbra a los obreros a elegir a sus representantes y a tomar parte en los asuntos del Estado, dan una mayor difusión a la vida en las fábricas y al movimiento obrero, enseñan a los fabricantes a tratar decentemente a los obreros y a sostener discusiones correctas con ellos y a considerarlos como a sus iguales» (Lenin: O. c., t. IV, pág. 301).

Gobierno... Estas reflexiones estaban respaldadas por las enseñanzas de las huelgas y algaradas estudiantiles desencadenadas en los últimos meses: Petersburgo, Moscú, Kiev, Járkov, Varsovia, habían sido testigos del fracaso por falta de una organización que las apoyara. De aquí—concluía Uliánov— la urgencia de esbozar un plan detallado de la estructura del partido y un recuento de los métodos de acción... Tal fue el motivo que le llevó a editar un folleto que, con el título *¿Qué hacer?* y con la firma «N. Lenin» —nombre de guerra en adelante preferido—, difundiera en Rusia sus planes ampliamente, antes de convocar el Congreso para la fundación de su partido.

Lenin había concebido las ideas de *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* en las soledades de Siberia, dándoles forma definitiva antes de junio de 1901, y estuvo trabajando en el folleto por el resto del año, dándolo por terminado en febrero de 1902 al escribir el prólogo. La persistencia de los «economistas» de «Rabócheie Dielo» en sus preferencias sindicales le había obligado a ampliar el escrito, buscando un posible entendimiento en el replanteamiento de todos los problemas. Esto no obstante, los tópicos del primitivo esquema siguieron ocupando el centro del estudio: carácter de la agitación política, tareas de la organización y creación del partido.

Todo el capítulo primero de esta obra está dedicado a contraponer la posición de los marxistas «dogmáticos» a la de los partidarios de la «libertad de crítica», y lo cierra recurriendo a Engels, defensor de la necesidad de una teoría. Una doble corriente ideológica dividía a los socialdemócratas, tanto en Occidente como en Rusia: una, tradicional, revolucionaria y «marxista»; otra, nueva, oportunista y desnaturalizadora del marxismo. E. Bernstein, impulsor de la segunda, negando base científica a un socialismo apoyado en la concepción materialista de la historia, no aceptaba la inevitabilidad de la revolución preconizada por Marx; rechazando la depauperación creciente de los trabajadores y su proletarianización, no admitía la exacerbación de las contradicciones del capitalismo, y aspiraba a resolverlas por medios democrático-legales y no por la revolución social y la dictadura del proletariado; y, en consecuencia, transformando la lucha de clases en una tarea sindical, pretendía convertir la socialdemocracia en «un partido de reformas sociales...». La crítica y el «reformismo» se había introducido en Rusia tras un corto y brillante período de expansión marxista. El Gobierno, confundido por el ataque de los socialdemócratas al populismo terrorista de «Naródnaia Volia» y por la connivencia temporal con el liberalismo burgués y el «marxismo legal», había concedido relativa libertad de propaganda a todos los marxistas; pero las huelgas de 1895 y 1896 movilizaron a la Policía contra los marxistas auténticos, mientras la censura, indulgente con los reformistas, permitía la divulgación de las obras de Bernstein. Esto fomentó la «crítica» del marxismo, acompañada de una inclinación de los socialdemócratas hacia el «economismo»; y, olvidando la teoría para servir los intereses del momento, los intelectuales marxistas se unieron a los liberales en la lucha política, mientras los obreros se orientaron hacia objetivos económicos en una acción estrictamente sindical. El cambio se había operado mientras Lenin cumplía su condena en Siberia, porque el grupo fundado en Petersburgo—la «Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera»—había caído en 1898 bajo el control de los bernstenianos. Poco después, en 1901, «Rabócheie Dielo», órgano de la «Unión de los Socialdemócratas Rusos en el Extranjero», y «Rabóchaia Mysl», periódico de los «economistas» en Rusia, difundieron por doquier el reformismo. Contra ellos, principalmente, apelando a Engels, argumentaría Lenin en su libro. Según Engels, en tres formas distintas era preciso entablar la lucha revo-

lucionaria: en la política, en la económica y en el orden de las ideas. Sus recomendaciones al movimiento obrero alemán, en 1874, eran orientadoras para el momento actual de Rusia... Engels había escrito que «los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas», teniendo siempre en cuenta que «el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate, como tal, es decir, que se le estudie». Invocando, pues, la autoridad de Engels contra las pretensiones del «marxismo legal», que reducía a los trabajadores socialdemócratas a una lucha económica, dejando para los intelectuales la política—a una con los liberales—, podía Lenin cerrar este primer capítulo parafraseando sus ideas: «Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario. Nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea de un movimiento en que a la prédica en boga del oportunismo va unido un apasionamiento por las formas más estrechas en la actividad práctica... Por el momento, no queremos más que indicar que **sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia**» (12). Tanto más si se consideraba que la historia planteaba en Rusia «una tarea inmediata», que era «la **más revolucionaria** de todas las tareas **inmediatas** del proletariado de ningún país», puesto que la demolición de la autocracia—el «más poderoso baluarte, no ya de la reacción europea, sino también... de la reacción asiática»—haría del proletariado ruso la vanguardia de todo el proletariado internacional...

2.1. Conciencia socialista frente a la acción espontánea

Si la fuerza del movimiento obrero ruso estaba en el despertar de las masas, su debilidad, en cambio, estaba en la falta de conciencia revolucionaria y en la ausencia de iniciativa por parte de los dirigentes, que, sobrevalorando lo espontáneo, menospreciaban la teoría. Era, por tanto, necesario analizar la relación existente entre lo consciente y lo espontáneo en el movimiento obrero, y al tema dedicó Lenin el capítulo segundo. La formación de la conciencia obrera no era un producto espontáneo de la misma clase obrera, tendente únicamente a agruparse en sindicatos antipatronales para reclamar derechos económicos. La conciencia socialista que llevaba a la lucha de clases sólo podía ser formada por intelectuales, como lo habían hecho en Rusia los socialdemócratas de «Emancipación del Trabajo», cuyos objetivos miraban a la destrucción de la autocracia. A su ejemplo, Lenin y la «Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera» habían iniciado en Petersburgo la fusión del socialismo con el movimiento obrero; pero, vencidos en su intento, los jóvenes obreros pasados al «economismo», menospreciando la «conciencia» y dando culto a la «espontaneidad», orientaron su lucha no en favor de las generaciones futuras, sino «para ellos mismos y para sus propios hijos». Lenin juzgaba necesario—sirviéndose de la autoridad de Kautsky, que en Austria mantenía la lucha contra los oportunistas—aclarar los conceptos, mostrando cómo el socialismo y la lucha económica de clases, hundiéndose sus raíces en las relaciones de la producción capitalista, surgían no obstante paralelas, sin que uno derivara de la otra. La conciencia socialista moderna nacía únicamente de conocimientos científicos profundos, y era la intelectualidad burguesa la que, desarrollándolos, se los enseñaba a los obreros más inteligentes para que los transmitieran al resto del proletariado. El error de la nueva tendencia en el seno de la socialdemocracia rusa—concluyó Lenin—consistía en no comprender

(12) Lenin: O. c., t. V, págs. 376-378.

que la espontaneidad de las masas exigía de los dirigentes socialistas una elevada conciencia, ya que todo lo que fuera rebajar la ideología socialista y alejarse de ella no era sino fortalecer la ideología burguesa.

En otro aspecto fundamental desvariaban también los de «Rabóchei Dielo», al acusar a «Iskra» de ocuparse de la política, dejando para los «economistas» la preocupación por la clase obrera. Sería, por tanto, conveniente replantear las diferencias entre una política meramente sindical, tradeunionista, y una política socialdemócrata, y el autor lo hace en el capítulo tercero de su obra. En la lucha económica de los años 90, las octavillas y volantes denunciaban los abusos que en determinadas fábricas cometían los patronos, despertando así el entusiasmo obrero por obtener reivindicaciones materiales. Pero esa actividad de los socialdemócratas no era aún «socialdemocracia», sino «tradeunionismo». No era suficiente el difundir la oposición entre obreros y patronos, ni explicar que la clase obrera era hostil a la autocracia... ¡Había que hacer agitación en todo caso concreto de opresión! Y tocando el fondo del problema, desarrolla Lenin una idea original de Marx y Engels, expuesta también por Plejánov: No bastaba el imprimir carácter político a la lucha económica; la lucha debía ser política, y uno de los campos de la agitación era el económico (13). Y a continuación, con mano maestra describe Lenin la función del agitador político, distinta de la del propagandista, y a quien corresponde aprovechar toda circunstancia favorable para «inculcar a las masas una sola idea: la idea de lo absurdo de la contradicción entre el incremento de la riqueza y el aumento de la miseria», para despertar la indignación obrera contra la injusticia (14). Otra desviación de la lucha revolucionaria que en este capítulo combate Lenin es el terrorismo. Economistas y terroristas daban culto a la espontaneidad. Unos, a la espontaneidad del movimiento obrero; otros, a la espontaneidad de la indignación de los intelectuales, que actuaban sin vinculación con los obreros. Mas, ni como «excitante» para las masas proletarias—como quería el grupo revolucionario-socialista «Svoboda»—acepta Lenin ahora el terrorismo; porque las llamadas al terror no eran sino una forma de esquivar «el deber más imperioso de los revolucionarios rusos: organizar la agitación política en todos sus aspectos»... Había que ir a todas las clases como teóricos, como propagandistas, como agitadores y organizadores. Como teóricos, había que estudiar todos los grandes problemas de la población, no sólo los de los obreros. Como propagandistas y agitadores, era necesario utilizar todas las reuniones y asambleas, sin desperdiciar la oportunidad que ofrecían los Parlamentos. Porque no era buen socialdemócrata el que, en la práctica, olvidara que «los comunistas apoyan todo movimiento revolucionario»—como dijeran Marx y Engels—, y que expo-

(13) «La socialdemocracia revolucionaria ha incluido y sigue incluyendo en la órbita de sus actividades la lucha por las reformas. Pero utiliza la agitación "económica" no sólo para reclamar del Gobierno toda clase de medidas, sino también (y en primer término) para exigir que deje de ser un Gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al Gobierno esta exigencia no sólo sobre el terreno de la lucha económica, sino también sobre el terreno de todas las manifestaciones en general de la vida social y política. En una palabra, como la parte al todo, subordina la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo» (Lenin: O. c., t. V, pág. 413).

(14) «... la tarea de los socialdemócratas no se limita a la acción política en el terreno económico; su tarea es transformar esa política tradeunionista en lucha política socialdemócrata, aprovechar los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en el espíritu de los obreros para elevar a éstos hasta el nivel de la conciencia política socialdemócrata» (Lenin: O. c., t. V, pág. 423).

nen y subrayan ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales, aunque «sin ocultar ni por un instante» sus convicciones socialistas... (15).

2.2. Metodología de la acción

Definidos así los objetivos de la lucha política de la socialdemocracia, pasa Lenin a considerar los métodos de trabajo en el capítulo cuarto, incluyendo en el tema el tipo adecuado de organización. Para Lenin, métodos artesanos fueron los empleados por él mismo en los primeros círculos de 1894 y en los que fueron organizados hasta 1901... Trabajo entusiasta, pero improvisado; sin técnica ni equipos; unidos estudiantes y obreros, pero en grupos aislados, sin contacto apenas para un plan general. Le fue fácil al Gobierno introducir en ellos espías y provocadores, apresar a los dirigentes y dejar al movimiento sin cabeza; y les fue también posible a los «economistas» estrechar el horizonte, reduciendo los objetivos a reivindicaciones tangibles y graduales. Para esto no se necesitaba una organización nacional bien estructurada. Bastaba desatar huelgas, sazonadas con un poco de terror... Había, pues, que distinguir, en primer término, entre una organización obrera para la lucha económica y una organización de revolucionarios para la lucha política. La primera sería una organización sindical, lo más extensa posible y no secreta; la segunda asociaría revolucionarios, sin distinción de profesión ni clase, en número reducido y en forma clandestina. Supuesta esta separación de organizaciones, los revolucionarios debían interesar a los sindicalistas en las cuestiones sociales y políticas, dejando en sus manos la acción legal y mutualista (16). Y saliendo al paso, en segundo término, a consideraciones de orden práctico de los «economistas», añade Lenin que, aun para empezar, era más sabio organizar primero a los revolucionarios, que aseguraran después la acción sindical. Era evidente, para Lenin, la necesidad de esta organización de revolucionarios profesionales, en número restringido para sortear la vigilancia de la Policía, y tanto más necesaria sería cuanto mayor fuere la masa revolucionaria. En sus manos

(15) «... "nosotros", si queremos ser demócratas avanzados, debemos preocuparnos de **sugerir** a los que no están descontentos más que del régimen universitario o del zemstvo, la idea de que es todo el régimen político el que es malo. **Nosotros** debemos asumir la tarea de organizar la lucha política, bajo la dirección de **nuestro** partido, en forma tan múltiple, que todos los sectores de la oposición puedan prestar y presten efectivamente a esta lucha, así como a nuestro partido, la ayuda de que sean capaces. **Nosotros** debemos hacer de los militantes prácticos socialdemócratas jefes políticos que sepan dirigir todas las manifestaciones de esta lucha múltiple, que sepan, en el momento necesario, "dictar un programa positivo de acción" a los estudiantes en agitación, a los descontentos de los zemstvos, a los miembros indignados de las sectas, a los maestros lesionados en sus intereses» (Lenin: **O. c.**, t. V, pág. 435).

(16) Criticando el «estatuto de la organización obrera sindical» de octubre de 1900, porque convierte a los núcleos socialdemócratas en «grupos ejecutivos» de la lucha económica obrera, Lenin comenta sagazmente: «Un pequeño núcleo bien unido, compuesto por los obreros más seguros, más experimentados y mejor templados, con delegados en los principales barrios y en rigurosa conexión clandestina con la organización de revolucionarios, podrá perfectamente, con el más amplio concurso de la masa y sin reglamentación alguna, realizar **todas** las funciones que competen a una organización sindical, y realizarlas, además, de la manera deseable para la socialdemocracia. Sólo así se podrá **consolidar** y desarrollar, a pesar de todos los gendarmes, el movimiento sindical **socialdemócrata**» (Lenin: **O. c.**, t. V, página 466).

estaría la dirección, sin absorber todas las fuerzas del movimiento (17). Estos revolucionarios profesionales se reclutaban principalmente entre los intelectuales, de momento; pero la sociedad en general proporcionaría «un número extremadamente grande de personas aptas para la "causa" si se supieran utilizar». El movimiento obrero espontáneo necesitaba ahora una organización revolucionaria, si quería convertirse en lucha de clases. Por eso, Lenin iba a la lucha política apoyado en la lucha de clases y necesitaba una organización revolucionaria doblemente capaz de una insurrección y de una conspiración. Cuanto al carácter democrático del gobierno del partido, parecía evidente que la decisión última habría de estar en las manos de un número reducido de jefes, que, teniendo en cuenta los instintos y las aspiraciones revolucionarias de las masas, pudiera «preservar al movimiento de un ataque irreflexivo y preparar un ataque que prometa éxito» (18). Los «economista» de «Rabócheie Dielo» pedían, al contrario, una amplia democracia; pero la democracia—para Lenin—suponía la publicidad de los actos y el carácter electivo de todos los cargos, lo que era posible en el Partido Socialista alemán, pero no en la lucha clandestina que en Rusia mantenía la socialdemocracia; y, en consecuencia, Lenin pide «discreción conspirativa», «selección de afiliados» y «preparación de revolucionarios profesionales», en sustitución de los principios democráticos. Cerrando este capítulo, Lenin se plantea otro problema de extraordinaria trascendencia, concerniente también a los métodos de trabajo de la organización: ¿Cómo habría de actuar? ¿En un plano nacional y de conjunto, o sólo atendiendo a las distintas exigencias locales? Y elige resueltamente un trabajo a escala nacional, porque sólo aspirando a objetivos nacionales podría darse más solidez a los vínculos entre los diversos grupos y más estabilidad a la misma agitación local.

Finalmente, en el capítulo quinto y último de la obra, volviendo expresamente sobre el «plan» de un periódico político destinado a toda Rusia, muestra Lenin su función como organizador colectivo del partido y describe, al mismo tiempo, las características o notas esenciales de la organización... Esta debía ser «flexible», para adaptarse con rapidez a las cambiantes condiciones de la lucha, rehusando la batalla en campo abierto cuando las fuerzas enemigas se concentran, y aprovechando la torpeza de sus movimientos para lanzarse contra el enemigo en el momento y sitio inesperado; «perseverante», desarrollando siempre la labor diaria, tanto en los períodos de explosiones como en los de calma, ya que la revolución no debe concebirse como acto único, sino como sucesión de etapas alternantes de violencia y de tregua; «siempre agitadora», por ser la agitación siempre realizable en todos los momentos, para iluminar los distintos aspectos de la vida enseñando a las masas; «decidida» a todo...: «Desde salvar el honor, el prestigio y la continuidad del partido en los momentos de mayor "depresión" revolucionaria, hasta preparar, fijar y llevar a la práctica la insurrección armada de todo el pueblo» (19).

(17) «La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de los revolucionarios no debilitará, sino que reforzará la amplitud y el contenido de la actividad de una gran cantidad de otras organizaciones destinadas al gran público y, por consiguiente, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posibles: sindicatos obreros, círculos obreros instructivos y de lectura de publicaciones ilegales, círculos socialistas, círculos democráticos para todos los demás sectores de la población» (Lenin: O. c., t. V, pág. 472).

(18) Lenin: O. c., t. V, pág. 483.

(19) Lenin: O. c., t. V, págs. 250-252.

2.3. Comentario

Expuestas con suficiente atención las ideas principales de **¿Qué hacer?**, por nuestra cuenta añadiremos algunos comentarios que ayuden al lector a comprender la significación de este escrito en el desarrollo del pensamiento de su autor, y empezaremos por determinar su avance sobre el contenido de los artículos políticos de Siberia, redactados entre 1897 y 1900. Para quien con minuciosidad analice esos artículos, no le parecerá **¿Qué hacer?**—como afirma Stefan T. Possony—«la primera expresión clara del **leninismo**», (20), aunque sí la exposición más completa, extensa y razonada, escrita precisamente para que sirviese a la creación del partido, en un momento en que la acción combinada de los «economistas», de los «bernsteanianos» y de los «marxistas legales» lo dificultaba. Por ello, Lenin vuelve a considerar en **¿Qué hacer?** los temas antes tratados, dándoles un nuevo enfoque. Defiende el «dogmatismo» contra la «libertad de crítica», ponderando la necesidad de una teoría; reitera la urgencia de formar la conciencia socialdemócrata de los dirigentes, para que no se dejaran arrastrar por la espontaneidad de la masas; explica la naturaleza de la lucha política socialista, señalando sus diferencias con la lucha sindical económica; rechaza el recurso sistemático al terror, como otra manifestación del culto a la espontaneidad, esta vez por los intelectuales; subraya el ámbito nacional de la acción, si no se quiere malograr su eficacia con métodos artesanos; define el gobierno antidemocrático de la organización que planea, como exigencia ineludible del logro de sus objetivos, y demuestra el valor del periódico nacional como instrumento para la preparación del partido, cuyas características señala...

En desacuerdo con la teoría político-social de Marx—la historia muestra cómo la sociedad capitalista se transforma, resolviendo sus contradicciones, y en nueva legalidad ofrece cauce a los derechos del trabajo—, no podemos aceptar el planteamiento general del que parte Lenin en **¿Qué hacer?** Supuestas, sin embargo, sus premisas marxistas y examinando sus propuestas en orden a sus objetivos, no podemos menos de admirar su «eficacia», índice de la sagacidad política del autor; porque Lenin realizó en su libro—al formular sus planes—una acomodación inteligente de las teorías de Marx a las tradiciones revolucionarias arraigadas en Rusia y a las circunstancias político-económicas de principios del siglo, dando un impulso original y poderosos a la estrategia, a la táctica y a la organización de la revolución.

Si intentáramos ahora señalar los avances de **¿Qué hacer?** sobre la teoría de Marx-Engels, tendríamos que situarnos, de partida, en un primer intento de liquidar la autocracia, como paso indispensable para organizar el proletariado y conquistar el poder... Por otra parte, la derrota del absolutismo no podía lograrse por la acción de unos conjurados que emplearan el terror; Marx había descubierto la fuerza latente en el proletariado, y su organización sería el ariete que demoliera la autocracia en una vasta movilización del pueblo. Era, pues, necesario idear el modo práctico de unir a los obreros en una organización nacional que promoviera una doble lucha política, democrática y socialista, dirigida al mismo tiempo contra el zar y contra los patronos. Tal fue la idea fundamental de Lenin en su intento de adaptar a Rusia la teoría de Marx; y su derivación inmediata, la creación de un Partido Obrero independiente, que formara y coordinara la conciencia de la clase proletaria, utilizando como instrumento principal un

(20) S. T. Possony: **Lenin. Una biografía**. Barcelona, 1970, pág. 77.

periódico central, editado fuera de Rusia, al que se adjudicaban múltiples funciones hábilmente concebidas. En organización de tal naturaleza, el punto más celosamente defendido por la dirección central habría de ser el ideológico, por lo que la teoría de Marx y Engels—renovadas por la Redacción de «Iskra»—sería considerada «intangible», excluida toda «libertad de crítica»... Ante esta intransigencia doctrinal sólo cabría una opción: rendición incondicional o exclusión...

Reconociendo una vez más la eficacia de la concepción de Lenin en orden a conseguir **sus objetivos** en las circunstancias específicas de Rusia, es forzoso aceptar cuánto estorbaría el carácter de su autor, acentuado en sus defectos con el correr del tiempo y el fracaso repetido de sus intentos revolucionarios. Porque si el centralismo en el partido era necesario, siempre que la dirección perteneciera «a los mejores», libremente aceptados, la intransigencia personal de Vladímir Ilich Uliánov sería el mayor obstáculo... Modesto y cordial en su vida familiar y no ambicioso de aplausos, Lenin era, sin embargo, muy celoso de su prestigio doctrinal y del reconocimiento de sus juicios políticos. Cambiante en la teoría, para acomodar el marxismo a las variantes exigencias históricas, y flexible en la práctica hasta la contradicción, no podría soportar se discutieran sus afirmaciones en las reuniones oficiales del partido, con lo que la planeada dictadura teórico-práctica de la Redacción de «Iskra» se convertiría, de hecho, en la pretensión dictatorial de Lenin, difícilmente soportable por hombres relevantes, renuentes a someterse tan incondicionalmente. Tal sería el caso de Plejánov, de Mártoov, de Trotski y de tantos otros, incapaces de aceptar ser reducidos a «engranajes», y tal será la causa de las continuas escisiones en la socialdemocracia rusa, esterilizadoras de la supuesta eficacia del partido durante muchos años...